Pasillo de hospital, andén vacío, funeraria al anochecer

A veces, la ciudad se detiene.
No porque se apague el semáforo,
sino porque alguien ya no llega.

Se siente en el asiento vacío.
En el celular que no vuelve a sonar.
En la palabra que no dijiste.
En la fe que se pone a prueba.

Pero Cristo está ahí, en el umbral.
No para cerrar puertas,
sino para abrir otra: la del reencuentro eterno.

Lo que aquí es despedida, allá es abrazo.
Lo que aquí es silencio, allá es canción.
Lo que aquí duele, allá… sana.

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá.” (Jn 11,25)